

LECTURAS.

*Considera quód hodie proposuerim
in conspectu tuo vitam et bonum, et e
contrario mortem et malum.*

Considera que hoy he puesto á tu vista la vida y el bien de una parte, y de otra, la muerte y el mal.

(DEUT. XXX, 15.)

Hermanos míos; en nuestros días vemos el mundo inundado de libros, que vierten torrentes de sabiduría y delirio, al propio tiempo que luz y tinieblas, crímenes y virtudes.

De cuantos servicios ha prestado al mundo el cristianismo, el mayor, más noble, y, acaso, el más importante, es el que le presta, patentizándole el peligro de lecturas perniciosas, sobre todo, cuando se hacen sin elección y discreción.

Dios sabe, y algunas personas también, que no condenamos los libros, los autores, ni los que los leen. No somos tan insensatos, en despreciar los dones de Dios; y, además, no nos enseña la religión á profanar sus obras. Pero, en fuerza de la más íntima convicción y de la autoridad de nuestro ministerio, reprobamos los lectores atrevidos, que, sin discernir ni elegir; leen toda clase de libros que caen en sus manos, sin cuidarse en saber, si tales libros pueden conducirles al cielo, ó arrastrarles por el lodazal emponzoñado.

Así, pues, digo, que la plaga de lectores atrevidos es una de las mayores que puede asolar el mundo, y contraria al orden de Dios y á sus divinos consejos, respecto al hombre y á la humanidad toda. Tiende también, á tener el alma en estado permanente de revolución contra las leyes, que para ella son, sobre esta tierra, la condición inseparable de la verdad, virtud y felicidad.

Es tan vasto el punto, que le reduzco y acorto; y ved aquí, precisamente, todo mi asunto: las lecturas perniciosas sin discernimiento, leídas por casualidad, y sin conocerlas ó elegir las, son un crimen, porque constituyen el alma en estado de continua oposición á las leyes, que deben asegurar la posesión de la verdad aquí en la tierra.

¡Ah! vosotros, que sois los más jóvenes, escuchad sin desconfianza

á quien, con un profundo é íntimo respeto, os habla de los dones de Dios, y con un amor verdadero por sus hermanos. Creedle en sus palabras; son puras, francas, y sin otra intención que vuestro bien. A. M.

1. Hermanos míos; el hombre fué criado para la verdad; y si halla en su posesión el privilegio más noble de la naturaleza, halla también en ella el origen de todo bien; pues, la verdad es el orden donde es preciso eslabonarse, para ponerse en estado de encontrar, aquí bajo, la virtud, la dicha verdadera y la paz sólida.

Pero, cristianos, no está la verdad sinó en Dios, que ha hecho la realidad de las cosas, y Dios no nos la revela sinó por medio de la razón ó de la religión. Tales son los dos grandes canales, por donde se comunica á las criaturas la verdad divina: no existe otro manantial ni puede imaginarse. Aquí es, precisamente, á donde debe venir todo aquel que quiere unirse á Dios, y alimentarse con su verdad.

Pues bien, las lecturas perniciosas son el enemigo mayor que tiene la razón, puesto que debilitan su vigor y alteran su constitución. Hermanos míos; ¿qué es lo que constituye la energía de la razón y forma su gloria? Este vigor que adquiere en las graves reflexiones, en el ejercicio que ella misma tiene, más sublime que la esfera de las preocupaciones; la aptitud en la dirección que asegura su senda, y la impide precipitarse en el abismo; y la seguridad cierta que la sostiene y anima á perseverar.

Si; este vigor y seguridad, que elevan y perfeccionan la razón, son el resultado de las buenas lecturas; las perniciosas, al contrario, la debilitan, ofuscan y obstruyen, hasta que cae en una total estupidez. Semejantes lecturas no dejan otra cosa, que un cúmulo de errores y dudas, que debilitan la fuerza moral y religiosa. ¡Desgraciados! ¡Infelices las almas acostumbradas al error pestilencial! ¿Qué elevación mental y qué fuerza se puede esperar en ellas?

Vosotros, que con extraña ligereza tomáis toda clase de libros, y aceptáis la luz que alumbra y el fuego que consume, la ponzoña y la vida; decidme: ¿citáis los autores á vuestro tribunal, les juzgáis, pensáis sus argumentos, y conforme al valor de ellos los aprobáis ó reprobáis; ó bien os inclináis ante las ideas del autor, pensáis como él, y os encadenáis como vil esclavo á sus doctrinas.

Aquí no hay justo medio: ó sois el juez severo de los autores, ó éstos son vuestros maestros. ¿Cómo quereis que os coloque? ¿Tendreis á bien decir, que estais sometidos al caprichoso juicio del autor? En este caso, nada más tengo que hablar, ni otra cosa que hacer, que cubrirme con un velo, para no ver la desvergüenza con que deshonrais

la humanidad, y acabais de confirmar públicamente vuestra desdicha y esclavitud, bajo el yugo de las más erróneas preocupaciones.

Sois, pues, el juez del autor. Pueden serlo los sanos y cultivados entendimientos y lectores graves, no aquellos que escrupulizan poco en las lecturas. Pero siendo tan numerosos estos lectores, tenemos el derecho de decirles: ¡ Vosotros, jueces de los autores! ¡ Ah! no hablais con franqueza; no pensais así, y nadie podrá creerlo. ¡ Vosotros, jueces! No os pregunto si teneis la fuerza suficiente para ello; os pregunto: ¿ teneis voluntad y tiempo? ¿ Leeis con la intencion de someterlo á un exámen escrupuloso, discutís con un escritor, pesais sus motivos, reflexionais, y poseeis los convenientes estudios al efecto?

¡ Ah! os admiro, y os cuesta mucho defenderos de una sonrisa. En tiempos pasados, que los escritores eran pocos, porque se ocupaban las gentes más útilmente, y que escribían sábiamente despues de largos y penosos estudios, podian leerse los libros con reflexion y atencion. Hoy es todo diferente. En los libros y folletos de que está inundado el mundo, se lee por leer, como una distraccion cualquiera, se deja ir el alma tras la del autor, y poco á poco, se llena de errores y preocupaciones. Los lectores osados y atrevidos nos van repitiendo, que no adoptan los errores de las obras que leen, ni se hacen esclavos de las preocupaciones de los autores; pero, los mismos hechos les condenan, siendo su ceguedad tanta, que nada examinan, ni quieren buscar la fuente y origen de cosa alguna. El viento que corre, les comunica las ideas de los autores que leen; ideas que se arraigan y medran en su imaginacion desvastada, del mismo modo que aquellas semillas, que impelidas por los huracanes, crecen luego en los escombros. Son como páginas ambulantes de los más infimos y miserables autores.

Hermanos míos, veo correr por el mundo una multitud de libros, en los que todo se pone en cuestion, y son atacadas y holladas todas las leyes, tanto divinas como humanas. Lo que sobre la tierra se llama crimen, en estos libros se llama virtud, y vice-versa. Por ellos se ha pasado revista de las generaciones antiguas y modernas; y en lo tocante á su fama, deciden como si fuesen sus jueces naturales, sobre conservársela, ó condenarles á las gemonías. Todo les es igual, Dios y el hombre; y no es más acatada y respetada la divina Providencia, que lo son los imperios y reinos.

Estos pestíferos libros circulan con profusion, y, sobre todo, andan en las manos de génius apocados y atrevidos lectores, de quienes hablo, que les falta la energía de la oposicion, y se dejan imponer por los autores que leen, y su alma no es más que un centro de erróneas preocupaciones. Tienen la esperanza de aligerarse de su propia fla-

queza, por la ufana presuncion del maestro ó autor, consolarse de negra servidumbre con el recuerdo de los autores que lee, y cuyos escritos no duda fueron el fruto de penosos estudios y de una concion meditada.

Lo confieso; cuando considero las pretensiones de tales autores, me inclinaria á creer, eran hijas de largos y constantes estudios, y me ruborizaria de pensar, que han sido osados en hablar de todo sin saber nada; no obstante, si lo indagais bien, no tardareis en convenceros, de que tales autores eran los últimos de la nacion que. caso necesario, se hubieran tomado para tratar de estas materias. Sus cabellos han blanqueado ántes de tiempo, cuidado en creer, sea causa de ello la luz del mechero de la lámpara, que se enciende llegada la noche: ellos han empleado el tiempo, no en reflexionar y meditar, sinó en las orgías de una agitacion febril, en los ensayos propios de una cabeza vacía.

¡ Oh Dios eterno! si clase semejante de autores fuese siempre lectores apasionados, ¿ qué será de nuestra época? ¿ o será bastante para desesperar de la opinion humana? Porque, si sabe disculpa en ser engañado con nobleza, no, ciertamente, enviando el alma con peso de doctrinas tan detestables. Si algunos de mejor inspirados nuestros contemporáneos, rompen los lazos que los tienen ligados, condenan como crimen horrendo el vicio de tales lecturas sin discernimiento ni precaucion, ¿ restituirán al alma la fuerza vigorosa, para repararse de la flaqueza en que estaba plegada bajo tan enorme peso? ¿ Podrán recobrarla, para que marchen con seguridad y constantemente?

2. Hermanos míos; hasta aquí os he hablado de la naturaleza de las lecturas perniciosas que precipitan las almas. Otro escollo no menos de temer es aquel, en que los mismos errores se sazonan con una especie de sabiduría y raciocinio, que con más facilidad desgracian tantas almas.

No todos los lectores están dispuestos á preocupaciones, ni tampoco á seguir la corriente de un autor. Hay de los primeros, que encuentran; así como hay de los segundos, que tienen otra regla que el capricho é imaginacion, y no se dejan llevar de la casualidad, ni servirse de aserciones á medida de su antojo. Sin duda, pueden engañarse muy bien estos autores y lectores, desde cierto punto de vista, están exentos de error. A la verdad, si los autores graves, que se han servido de una eleccion prudente, su lectura puede ser de la mayor utilidad para sin peligro de tropiezo arar y guiar el entendimiento: esto mismo es lo que puede darle más impulso, lucimiento

y seguridad para continuarla. Cuando se leen los escritos de un hombre literato distinguido, sus emociones le unen al lector, que le mueve é inunda de sus luces: con él se ven los secretos de la naturaleza, penetramos cuanto su profunda meditacion ha podido descubrir, nos eleva, ensancha é ilumina, y su vuelo ó rapidez es tan seguro como sublime.

Hé ahí, oh hombres, los libros que deben leerse. Renunciad á toda otra lectura; conocec á aquel que guia vuestra alma; pedidlo todo á la religion y á sus apologistas de todas las épocas y edades. Si un autor de este temple es estimado por los ingenios ilustres, nobles, sábios y timoratos, abridle y leedle sin temor, pues conducirá vuestras almas á las más altas y sanas contemplaciones.

Pero, ¿será oído y comprendido este lenguaje en nuestros tiempos por muchos de nuestros contemporáneos? Algunos nos mirarian como enemigos de la luz si dividiésemos los autores en dos clases, y dijésemos: los unos siguieron constantemente el camino de la vida; seguidles y no os separeis de sus preceptos; los otros se han engañado; temed no os extravíen.

Así es como habla la razon, mas, no como lo entienden una cáfila de lectores modernos, que dicen: entre los más célebres escritores sabemos hay algunos que se han engañado, y, por lo mismo, no somos sus esclavos; los leemos para admirarlos y aprobarlos cuando dicen la verdad; pero, cuando se apartan de ella, los sometemos á nuestro alambique, despreciando el suyo. Leemos tambien las obras de los que se extraviaron, porque algunas cosas buenas hay en ellas; y, por otra parte, esperamos que no caeremos en el abismo en que aquéllos se han precipitado.

¡Ah! si estuvieran aquí les diria: sois muy atrevidos. ¿Con qué fundamento creéis ser más afortunados que ellos, y que las cosas mismas que les han seducido, no podrán seduciros á vosotros?

Cuantos recursos tiene el espíritu del mal, los emplea contra vosotros. Os conmueve y gusta: le creéis gracioso, activo, tierno y lloroso. Se apasiona con una elocuencia trágica: sus cánticos son puros, melodiosos, llenos de armonía y suaves. Se expresa en todos los tonos y sonidos: encanta, brilla y penetra su voz, centellea y se insinua. En fin, su sonrisa es cándida, delicada como una flor, sincera, exquisita y elegante. De repente, se presenta como filósofo, historiador de imperios y de todo mundo, ó presenta una paradoja mezclada con un torrente de una lava elocuente; y como la antigua serpiente, sopla y se insinua; fascina su mirada, seduce con la brillantez de sus colores; y vence á quien le mira.

Y bien, ¿resistireis vosotros, presuntuosos? ¡Ah! yo os veo caer, pues publicais, que el espíritu maligno no se ha engañado. Triunfó de vosotros, de vuestra fuerza, exámen, resolucion, y se sonrie con un estremecimiento de regocijo para arrojaros á los abismos.

Ved, pues, si hay espíritus fuertes, que hayan querido, tan á sangre fria, preparar tantas asechanzas al hombre, y la penosa imágen de peligros que hallareis por sucesores. Sí; debéis temer los espíritus fuertes, de quienes los errores fueron voluntarios y como por eleccion; y aún temed más y más á aquellos, de quienes sus errores fueron involuntarios.

¡Pobre y flaca humanidad! Tus columnas se han conmovido diferentes veces; han perdido el color los astros; tus mejores adornos han perdido su esplendor: tus mayores antorchas, despues de brillar mucho tiempo en el cielo para dar luz á la tierra, han cesado de lucir repentinamente, por ceder á la flaqueza irremediable, que impulsa aquí bajo á nuestra triste naturaleza. Se han visto inteligencias privilegiadas, conmovirse sobre su trono de oro: caido de sus manos el cetro del pensamiento: extinguida y como apagada su vista: su lengua sin articular; y por un movimiento extraño, se les ha visto como Lucifer, bajar del cielo, y han ido á reunirse á toda esta polvareda maldita, ya herida infinitas veces por el fuego del trueno. ¡Terrible fenómeno, visto en muchas épocas y edades, que en todas ha dejado largas huellas de oscuridad y lobreguez! ¡Ay! Desgraciado de aquel, que quiere sucederles en sus pasos. ¡Ay! Infeliz de quien quiere ponerse en el punto de perdicion, que les ha precipitado. Aquí hay algo que exhala vapores de muerte; huid y salid de estos lugares. Aquí han perecido esclarecidas almas dignas; que el mundo las llore eternamente, y que el Señor tenga de ellas piedad y misericordia.

¿Y quereis vosotros correr la misma contingencia? ¿Sois, pues, más fuertes ó mejores? ¿Conocereis mejor que sus autores la frivolidad de los motivos, sobre que Orígenes y Tertuliano fundaron los errores que estremecieron al mundo? ¿Sois, acaso, más fuertes, mejores ó más santos? ¡Oh! no digais tal, porque tiemblo por vosotros. Pocos son mejores que aquellos sábios, cuya vida toda fué un modelo de austeridad, penitencia y caridad, que maceraban su carne para acrisolar su espíritu, y cuyo natural se inflamaba con la santidad y sacrificio de su existencia. No pretendais creer os más fuertes que ellos; y sabed, que hay muchos errores, de los que conviene, sobre todo, evitar el peligro; y si la necesidad obligara á solo aproximarse, sea con las más escrupulosas precauciones, porque la curiosidad más simple es, en esto, fatalísima, no se escuda con la ayuda de Dios, y, por lo regular,

la sigue una fuerte inquietud hácia la novedad, que predispone á frecuentes caídas: huid, pues, y no seáis testigos de vuestra propia ruina y perdición.

¡Oh! ¡quién dará abundantes lágrimas á nuestros ojos, para llorar á tantas almas, que se han perdido por leer libros de impiedad, y autores que se llaman espíritus fuertes! ¡Qué de estragos no se han hecho! ¡Cuántas víctimas inmoladas! ¡Oh infeliz y terrible servidumbre! ¡Oh poder infausto y fatal! ¡Que nos expliquen, por qué dos ó tres de tales escritores, han podido ejercer una como suprema dictadura sobre tantas criaturas que han encadenado, dóciles á sus más insignificantes señales, y que, ciegas, se arrojan á sus plantas, para oír y recibir sus insinuaciones y falaces creencias! ¡Hé ahí, hasta dónde conduce el error! ¡Ved á dónde un alma, esclavizada y envilecida con doctrinas impías puede llegar, cuando se extravía de la verdadera senda! Se precipitará á los mayores excesos; en los que, no obstante, no está enteramente perdida. Su fé, aunque lánguida, tiene creencia, y conserva un gérmen de vida que, más tarde, ayudada de la gracia, pueda librarla del precipicio del abismo.

Mas las impías lecturas ni siquiera dejan esta remota esperanza, amortiguando lo poco que el alma conservaba de vida despues de su caída. Sí, sin la menor duda; cualquiera que ha observado, aún superficialmente, lo que es el mundo y sus criaturas, conviene en que la continua lectura de escritos semejantes, acaba por extinguir las luces de la razón; y en este fatal período, no es otra cosa que un instrumento posible de duda y de mentira. Se la cree sin fuerza para caminar segura en busca de la verdad; y entónces se ve, abandonada de todas sus facultades. Es inútil tomarse el trabajo de cultivarla con peligro de su existencia y en desprecio de los goces terrenales: ya no es más que un estúpido tirano, que nos engaña, que es menester tenerle como juguete, sin darle la menor importancia, ni concederle el más fútil sacrificio.

Y bien, lectores atrabiliarios, que os alimentais sin reserva ni temor de la lectura que se os ofrece; yo os digo, que ya habeis llegado á este deplorable estado, ó tardareis poco, en el que la razón engaña. En manos de inteligencias sanas y cultivadas, puede ser un buen resultado su lectura; mas, en otras, además que predispone á cada doctrina que se lee, no puede considerarse como medio cierto de verdad. Os digo, por último, que si no habeis llegado á tal punto, no se pasará mucho tiempo, porque este es el fin extremo á que os conducen vuestras tareas y estudios de impiedad.

¡Qué! á cada instante, y á vuestra vista, se presentan el *si* y el *no*,

el *pro* y el *contra* con todos sus requisitos. Vuestra alma parece un camino tortuoso, por donde pasan en confusion querellas, opiniones y disputas. Y ¿qué haceis aquí? ¿Hay alguna que tenga razón? Me parece que esto debe suceder, cuando no son ciertos, al mismo tiempo, el *si* y el *no*. ¿Cuál, pues, será verdad? Uno y otro fundan sus razones, y las apoyan con autoridad. Si pesais estas razones en vuestra alma, bien extenuada ya, casi siempre hallareis, que se desvanecen por sí mismas; y en este caso, es preciso decidiros por las autoridades que se contrapesan. El exámen profundo y riguroso, quizá, os conducirá muy léjos, y vuestra alma, envilecida con el continuo tormento de leer, no tiene voluntad ni energía para pruebas tan molestas como sólidas. Permanece en una especie de perplejidad y abatimiento, poco ménos que atolondramiento: caos, en el que nada ve ni distingue. En tan miserable inteligencia, todo está mezclado y enredado con la extraña confusion. Falta de energía é inepta para todo, renuncia del penoso trabajo que se necesita, para poner órden dentro de sí misma, é inquirir la verdad; se adormece, bajo el peso indolente de la pereza; y para consolarse, se aplica esta mísera palabra de escepticismo: tal vez, la verdad no es otra cosa que un vocablo.

Si; el escepticismo, si no autorizado y en teoría, al ménos práctico y en realidad, último resultado en que se pierde un alma acabada con el peso de las pestíferas lecturas y sus desórdenes. Aquí no tengo necesidad de mucho esforzarme para probar mi asercion. Desgraciadamente, los hechos publican su conducta. ¿Qué es, pues, esta moderna sociedad á nuestra vista? ¿De dónde nace esta veleidad monstruosa de sentimientos, opiniones y lenguaje? ¿De dónde, que de hoy para mañana, se discrepe y varíe sobre lo más importante de la religion, la conciencia y su moralidad? ¿De dónde, que las palabras de hoy, se contradigan é impugnen con las mismas de ayer? ¿De dónde, que en esta época, cuando se quiere poner dificultad y avergonzar, basta presentar dos páginas, un poco distantes de la vida de cada uno? ¡Ah! Si se tuviera verdadera fé, seguramente no seria así, porque la verdad tiene siempre un mismo lenguaje, inmutable y eterno, y los hombres no tienen esta fé completa y sincera en la verdad. Les parece, ó se la representan, como si fuera una opinion vulgar; á sus ojos no existen sino apariencias, más ó ménos plausibles, y probabilidades, que, realmente, son hechos ciertos. No hay más que el interés, y hé aquí lo que patentiza la debilidad humana; y todos los dias lo oimos con pomposas palabras, que se oscurecen en la confusion y sepultan en el cieno. Si quereis saber cuáles la causa de este doloroso escepticismo, recordad, que han pasado por esta generacion cincuenta

ó más años, empleados en leer á discrecion estos libros corrompidos, agitada por vientos pestilenciales, opiniones interminables, preocupaciones y errores; y en lugar de admiraros y lamentar tanto mal, sorprendeos de que haya sido tan poco. Extrañareis, que este suelo, tan conmovido, haya podido mantenerse aún con alguna consistencia; y que nuestra pobre y humana inteligencia, atacada rudamente, tenga vida y fuerza. Ofrezcamos al Altísimo rendidas acciones de gracias, que con su divino atributo sabe suspender la tempestad más furiosa que amenazaba asolar la tierra.

Si; ¡el escepticismo, el escepticismo! No fué para esto, que se dió á las criaturas el arte admirable y singular, de multiplicar las obras del ingenio. En este centro debia encontrar el alma un grado más de fuerza, para perfeccionarse en profundas reflexiones y comunicar con sábios directores, que, semejantes á los ángeles, la condujeran hasta el mismo Dios, origen divino de la verdad. Y así, sometida el alma á una conducta directora, y dueña de la constante y profunda conviccion de lo verdadero, adquiriria confianza humilde y segura; su amor por la verdad aumentaria, y su júbilo igualaria á su amor. Dedicada, por fin, á útiles ejercicios, experimentaria los goces más puros, más atractivos, más agradables; y absorba totalmente en la verdad, apenas le quedaria tiempo para sentir las incomodidades del viaje.

¡Ay de tales lecturas! ó mejor diré: ¡ay de nosotros, que hemos demolido uno de los canales que comunica á las criaturas la verdad divina! Si al ménos la religion, conducto todopoderoso, no hubiera sido ultrajada al mismo tiempo que la razon! Mas ¡ay! el torrente desolador de estos lectores osados tambien ha pasado por ahí. ¿No ha venido para atacar el templo santo? ¿No ha arrebatado innumerables infelices, sorprendidos al improviso? ¿Y no vierte su saña sobre tantos cadáveres? Porque, en efecto, ¿se puede ofuscar, enmarañar y enflaquecer la razon, sin que la religion sienta el mismo golpe? La religion y la razon vienen de Dios, y son como sus hijas predilectas. ¿Se puede quebrantar una, sin resentirse la otra? ¡Cuidado con eso, que ambas prerogativas tienen un fin comun! La religion toma de la razon, no su origen, porque este es de Dios mismo en su más elevada esencia, sinó su apoyo y justificacion; pues, en tanto que la razon sea bien respetada, las pruebas en defensa de la religion la ponen á cubierto de los ataques de los enemigos. En el día en que sea despreciada y desconocida la razon y sus atributos, saldrá de sus fundamentos la religion, y se cubrirá la tierra de espanto y terror.

¿No se ve bien claro, que el blanco al que asesta los tiros la impiedad, siempre es la religion? ¿No es siempre sobre alguno de los

artículos, ó punto dogmático de esta ley divina, que dirige sus encarnizados asaltos? Si; la mayor parte de sus pretendidas argumentaciones, ó mejor dicho, todas sus cavilidades, tienen por base la guerra á la religion, su culto, sus ministros; y no son olvidados aquellos de los fieles atletas y campeones de este alcázar santo. Si; sus escritos infernales lo atestiguan; y aquí beben su ponzoña los incautos lectores. En todas épocas y tiempos, siempre ha sido la religion el palenque donde la malignidad combate contra los hijos dóciles á tan divina institucion.

Hermanos míos, sed prudentes, y desconfiad siempre de lecturas de que depende todo, lo presente y lo futuro. Si sabeis apreciar la verdad, virtud y felicidad, no os rindais al deleite de escritos, cuyo autor necesitais saber discernirle y conocerle para no peligrar. Así como en vuestra intimidad no querreis un malvado ó un miserable, y le rechazareis, del mismo modo, esos libros infames, que son la expresion de toda corrupcion y teneis guardados en vuestras bibliotecas, quemadlos y arrojadlos lejos de vosotros, para no contaminaros con su lava la más impura. ¿Y los recibireis aún para recrear vuestra alma, y que las personas á quienes amais, tomen luces de pestilencia en ellos? ¡Gran Dios Omnipotente! ¡Qué imprudencia tan criminal!

No temais, carísimos; no temais la privacion del placer y el abandonar algun goce. ¿Qué son éstos, en comparacion del bien real y esencial de la verdad, virtud y dicha? Direis, tal vez: si hacemos un riguroso exámen de esos libros, solo nos quedarán para leer cosas graves é importantes. No es así, pues, hay muchos autores que han respetado la verdad y costumbres, en los que, al mismo tiempo, hallareis atractivos que deleitan y son inocentes.

Supongamos que así sea, es decir, que solo leais aquello que creéis grave y serio; ¡y bien! esto no os perjudicaria; porque, si no os deleite, os instruye. Tened presente, que no nos ha sido concedida la inteligencia como si fuera un juguete. Su empleo es más noble que el divertirnos, y se nos ha dado para instruirnos de lo útil, sano y verdadero; y en fin, la costumbre ó vicio de las lecturas libres, sin discernimiento, engendra una especie de segunda naturaleza, que detesta la ocupacion en aquéllas, que instruyen, enseñan y forman el hombre interior cual debe ser.

¡Oh hombre, imagen y semejanza de Dios! Acuérdate, que te ha sido dada la inteligencia para conocerle y contemplarle en sus obras; glorifícale y perfeccionará tu felicidad verdadera en la eternidad. Amen.

Véase: LIBROS.